

# *González Rojo*

Por DIAZ RUANOVA

Estilo no es el hombre; es lo mejor del hombre. Estilo es egregia capacidad para expresar, clara y distintamente, la verdadera imagen del espíritu. Una prueba de lo anterior es el hermoso libro *Para Deletrear el Infinito*, que Enrique González Rojo dio a la estampa como una grandiosa arquitectura de palabras. No en balde el crítico Luis Rius, al presentarlo, habla de "un vértigo de intensa belleza", de "metáforas cegadoramente exactas" de diversidad de formas y de ritmos, para acabar por decirnos que González Rojo no se propuso buscar un lenguaje, sino poner el lenguaje en trance de búsqueda. Y este lenguaje es búsqueda de la poesía.

Más allá del conocimiento de los textos y del señorío de las formas tradicionales o contemporáneas, el rasgo distintivo de la poesía de Enrique González Rojo es la gracia alada, la delicia de los hallazgos, la fertilidad de las imágenes y una ambiciosa concepción que lo convierte en uno de los poetas más importantes de su grupo. "La gracia —decía Justo Sierra de Manuel Gutiérrez Nájera—, especie de sonrisa del alma que comunica a toda producción un ritmo ligero y alado, parecido a la dificultad vencida sin esfuerzo". Y un ensayista español injustamente olvidado, Benjamin Jarnés, agregaba: "La gracia prefiere avanzar al cornpás de un lozano pulso, ágiles y desnudos los pies, y sonriendo".

Si la obra poética de Enrique González Rojo se Manifiesta

primeramente como el juego de un espíritu risueño, pronto se va ensanchando hasta abarcar el universo entero. Salen al paso las manifestaciones todas de la vida, los sentimientos invariables del hombre. En las primeras páginas el poeta nos advierte "cómo desde su larga y blanca arcilla el amor ha levantado la mayor cosecha de angustia en lo que va del siglo". Y el libro no sólo va ganando en extensión temática y en propósito abarcante, sino también en intensidad y en profundidad. Y en la forma va desde los vastos poemas hasta los diminutos hai-kais y los juegos del ingenio. Y los temas, según Rius, se extienden desde lo infinitesimal hasta lo inconmensurable.

Este libro viene a probar también que fueron los poetas, más que los filósofos, los que mejor aprovecharon las lecciones de aquel genio de la cátedra que fue don José Gaos. Apenas habrá poema donde la filosofía no brote con resonancias que van desde los presocráticos hasta los existencialistas, los marxistas y los lógicos modernos; pero Enrique González Rojo, con señorío y dominio de las formas y, sobre todo, con exactitud de adjetivos y talento poético, se salva del acartonado *sancta sanctorum* para saltar a la abigarrada plaza de los hombres. Por eso decía. Rodríguez Lozano que en "arte hay personalidades y lo demás es academia".

“EL UNIVERSAL” Jueves 11 de octubre de 1973.